

CRÍTICA

DAVID SALOMONI

FRANCIS DRAKE

EL CORSARIO QUE
DESAFIÓ A UN IMPERIO

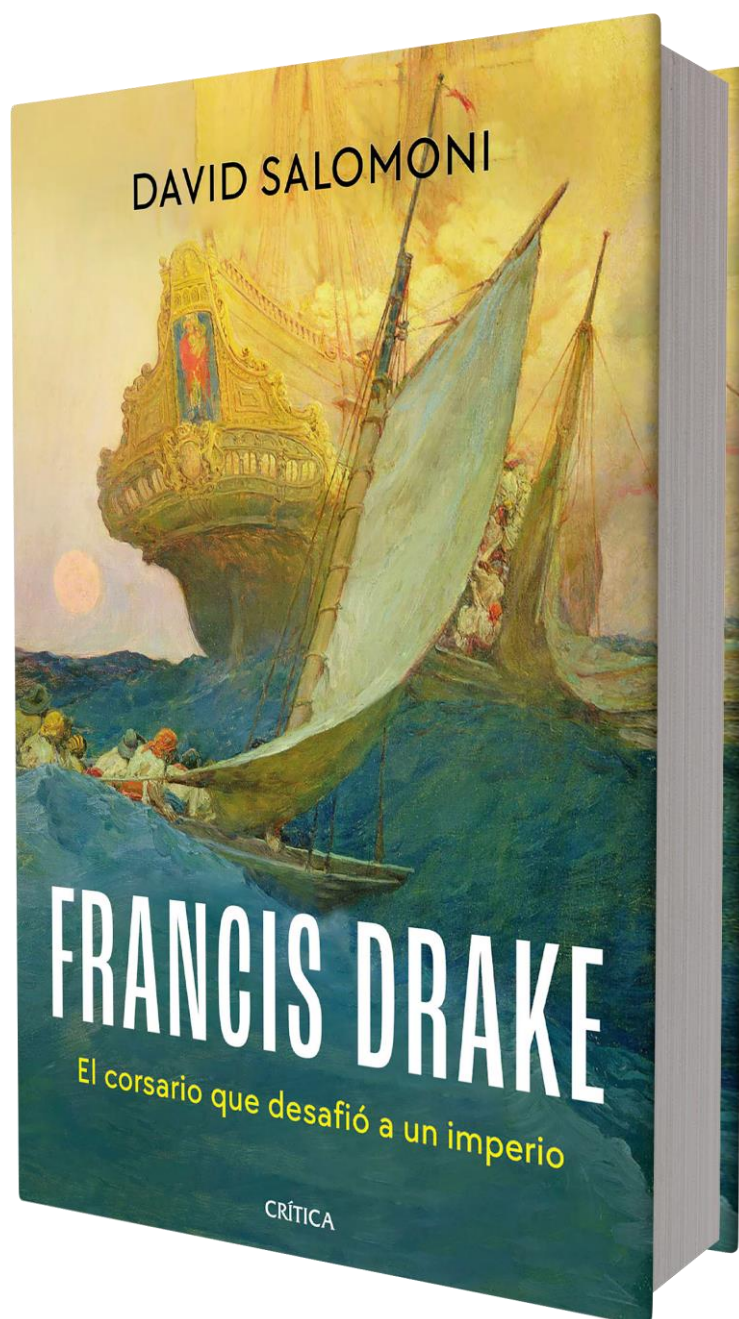
A LA VENTA EL 18
DE SETIEMBRE

MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR
INFORMACIÓN:

Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

LA FASCINANTE HISTORIA DEL CORSARIO FRANCIS DRAKE NOS LLEVA POR LOS GÉNESIS DE LA AMBICIÓN OCCIDENTAL POR DOMINAR EL MUNDO.

Este libro narra la épica historia de Francis Drake, el infame corsario y explorador inglés conocido por circunnavegar el mundo en una sola expedición. A través del testimonio inédito del piloto portugués Nuno da Silva, seguiremos el periplo de Drake desde las incursiones iniciales en el Mar del Caribe hasta el primer gran ataque al imperio español en América, con la Inglaterra de Shakespeare, la España de Cervantes, el África del comercio de esclavos y el América de las agonizantes poblaciones precolombinas como telón de fondo. También atestiguaremos la política global e imperial de los Estados en el siglo XVI, el nacimiento de los imperios y la génesis de la ambición occidental de dominar el mundo.

EL AUTOR



David Salomoni es profesor de la Universidad para Extranjeros de Siena. Trabajó en la Universidad de Lisboa donde participó en el proyecto ERC Rutter: *Making the Earth Globaly* en 2022 fue *Berenson Fellow* en el Centro de Estudios del Renacimiento Italiano de la Universidad de Harvard en Villa I Tatti. Es autor de *Magellano Il primo viaggio intorno al mondo* (2022).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Fue una tibia mañana del mes de mayo de 2021, durante una investigación en la biblioteca de Ajuda, cuando me ocurrió algo que en la vida de un historiador sucede pocas veces. Estaba examinando las páginas de un gran volumen manuscrito, en busca de documentos acerca de la historia marítima portuguesa del siglo XVI, cuando, de repente, como si me hallase ante un libro de antiguas leyendas, empezaron a surgir ante mis ojos una serie de nombres que captaron mi atención: “Francisco Drac”, “Nuño de Silva”... Me di cuenta entonces de que acababa de encontrar algo acerca del famoso corsario inglés Francis Drake.»

«Aquella fuente contenía la declaración que en 1583 Nuno da Silva prestó en Madrid ante el Consejo de Indias, el órgano administrativo más importante del imperio colonial español. Nuno da Silva (también conocido en castellano como Nuño de Silva) era el piloto o timonel portugués al que Drake secuestró en enero de 1578 en el archipiélago de Cabo Verde para que lo guiase a través del océano Pacífico, pasando por el estrecho de Magallanes, con el fin de asestar un terrible golpe a la América española. El corsario lo liberó en abril de 1579 en la ciudad portuaria de Huatulco, en México, donde comenzó para él un largo periplo judicial que lo llevaría incluso a pasar por las manos de la Inquisición. El testimonio (es decir, el relato) del viaje de Nuno da Silva con Francis Drake que encontré en Ajuda no es el único que prestó el piloto — que durante años tuvo que someterse a diversos interrogatorios—, pero seguramente sí el más prolijo en detalles: habla de batallas a muerte, abordajes y violentas tempestades en los confines del mundo conocido por aquel entonces.»

EL DRAGÓN

«El piloto portugués Nuno da Silva llegó encadenado a Madrid en el mes de septiembre del año del Señor de 1583. El tercer día de aquel mes, Juan de Ledesma, secretario del Real y Supremo Consejo de Indias — el tribunal superior del imperio—, se hizo cargo de custodiar al prisionero, en virtud de lo dispuesto en la legislación. El objetivo era escuchar de primera mano todo lo que Da Silva había visto y vivido durante su viaje con el corsario inglés al que en España se conocía como “el Draque” o el “Dragón”. [...] En aquellos años, el pirata hereje, llamado en realidad Francis Drake, había asestado un durísimo golpe al corazón del imperio hispánico, en ese océano Pacífico

que desde hacía poco estaba bajo control español y en el que los buques de los Habsburgo, repletos de oro y plata, se sentían más seguros. Años después, el poeta Lope de Vega describiría a Drake como Satanás en persona, encarnación del genio del mal y archienemigo de la Iglesia de Dios. A Da Silva se le acusaba de haber navegado con él hasta los confines más remotos del mundo y de haberle revelado en ese trayecto algunos de los secretos más importantes de la monarquía católica.»

«[...] en el momento en que Nuno da Silva llegó a Madrid era súbdito del rey Felipe, a pesar de que Lisboa hubiese mantenido su autonomía institucional. Pero había algo que despertaba sospechas entre los magistrados encargados de juzgar este caso. La unión de las dos coronas ibéricas no había disuelto del todo la antigua alianza entre el reino lusitano y el acérrimo enemigo de España, es decir, Inglaterra. [...] No obstante, probablemente no fue ese tratado lo que llevó al corsario Drake a secuestrar a Da Silva en enero de 1578, durante una escala que las naves portuguesas realizaron en el archipiélago de Cabo Verde, en su ruta hacia Brasil. En realidad, en aquellos tiempos los océanos no se regían tanto por el derecho como por la ley del más fuerte: quien necesitaba algo o a alguien solía tomarlo por la fuerza, con cañones y armas. Lo que verdaderamente despertaba sospechas en Madrid era que entre el Dragón — o el Drac, como lo encontramos a menudo en las fuentes— y el experto piloto portugués tal vez había surgido una especie de amistad, o incluso algo más.»

«Los cargos que se le imputaban eran graves. Después de varias sesiones de torturas e interrogatorios, los inquisidores lo consideraron culpable y lo condenaron a abjurar de *vehementi suspicione* (es decir, por sospecha vehemente de herejía) en un auto de fe celebrado en una plaza pública, así como a marcharse para siempre de las colonias. En realidad, tras las acusaciones formales de herejía, ya de por sí muy serias, asomaba una duda aún más innombrable. En Huatulco circulaba un rumor: algunos testigos oculares de la liberación de Da Silva aseguraban que el Dragón — sobrenombre de connotaciones satánicas que aludía claramente a la condición taimada y corruptora del corsario— había inducido al portugués a cometer actos contra Dios y contra natura. Simón de Miranda, vicario del puerto de Huatulco, escribió al respecto que, en el momento de su llegada, “un tal Nuño da Silva [...], que el dicho Francis Drake llevaba consigo, tuvo un trato muy cercano con el dicho inglés [que] le acariciaba y trataba muy bien, y le sentaba consigo a la mesa”. También el factor del puerto de Huatulco, Francisco Gómez Rengifo, afirmaba que “el inglés [Drake] y Nuño da Silva se trataban con total amistad”, aunque él mismo no conseguía entender nada de lo que se decían porque entre ellos hablaban en inglés, idioma que no comprendía. Así pues, cuando Nuno da Silva llegó a Madrid en 1583 no era solo un prisionero político, sino también un hereje condenado. Su posición era delicada desde varios puntos de vista.

En calidad de portugués había actuado como enemigo declarado del reino de España hasta hacía tan solo unos años. Además, era posible que, tras su secuestro por parte de Drake, hubiese puesto sus competencias como experto marino al servicio de los rivales más temibles de Felipe II: los ingleses.»

UNA LUCHA POR LA SUPREMACÍA

«Es fundamental entender la trágica profundidad de estos conflictos para seguir las gestas del corsario Francis Drake. No en vano, cuando las grandes potencias católicas no estaban ocupadas en combatirse las unas a las otras, se dedicaban a sofocar de manera sangrienta la difusión de las doctrinas protestantes, que por aquel entonces se iban abriendo paso con una fuerza irrefrenable dentro de sus fronteras. [...] El poder del rey de España se extendía así desde los desiertos de los Andes hasta las selvas tropicales de Angola y Mozambique, desde la desembocadura del río Amazonas hasta los archipiélagos indonesios. La Divina Providencia había asignado a Felipe II el deber de llevar la santa religión, católica, apostólica y romana, hasta las antípodas, sofocando con sangre y de manera definitiva la herejía luterana [...].»

«Entre Felipe II y el dominio sobre todo el mundo solo se interponía un reino: un Estado insular periférico, dirigido por una mujer a la que pocos habían creído capaz de guiar a un pueblo en el furor de la batalla. Se trataba de Inglaterra y de su reina, Isabel I. Su padre, Enrique VIII, tras defender inicialmente al papado, alejó en 1534 al reino de san Jorge de la comunión con Roma a través del Acta de Supremacía. Sin embargo, a mediados del siglo XVI el reino inglés aún se hallaba sumido en una serie de dolorosas transformaciones que estaban desgarrando su tejido social. El Estado que Isabel I heredó en 1558 se encontraba asolado por contradicciones.»

«Al fin y al cabo, el trono le correspondía a Isabel, protestante convencida. [...] Felipe, por su parte, no quedó especialmente afectado tras el fallecimiento de su esposa. Eso sí, no tenía ni la más mínima intención de renunciar al trono inglés. Por eso pidió inmediatamente la mano de Isabel I, la hija de la odiada Ana Bolena. [...] Isabel sabía que al fin había llegado su momento de reinar. Una mujer, sola por elección y protestante por vocación, se hizo entonces con las riendas del reino de Inglaterra, y a partir de ese momento ya nada sería igual.»

«Por aquel entonces los ejércitos de Felipe II eran una maquinaria de guerra letal. Sus soldados, procedentes de España, Italia, Flandes, Cerdeña y Sicilia, se habían curtido en decenas de batallas en África, Europa y América: una masa humana heterogénea, pero cohesionada por su común fidelidad a su soberano, a su Dios y a su dinero, es decir, a una riqueza que salía en buena medida de las minas de Potosí, en el Virreinato de Perú, un territorio arrancado por la fuerza al imperio inca años atrás.»

«A pesar de la desproporción que existía entre las fuerzas en discordia, la España de Felipe II no podía permitir que nadie cuestionara su supremacía. Por su parte, Inglaterra, que apenas acababa de empezar a proyectarse sobre los mares del mundo, luchaba por sobrevivir y por hacerse con un puesto en la mesa de las grandes potencias. Sucumbir ante el gigante ibérico habría supuesto el final de los sueños de gloria de la corona inglesa. Isabel I sabía perfectamente que no tenía ninguna posibilidad de ganar a España en una guerra europea. [...] Consciente de esta realidad, la reina decidió trasladar la guerra justo al terreno en el que su enemigo era más débil: le atacaría lejos de la atormentada Europa, en el Nuevo Mundo, salvaje y aún sin domesticar.»

«El conflicto entre Isabel I y Felipe II, entre España e Inglaterra, constituyó una de las luchas más dramáticas que tiñeron de sangre el siglo XVI. David contra Goliat. Este desencuentro representó varias cosas en una. In primis, fue una guerra religiosa, que, por definición, es una guerra total. El enemigo no solo era un adversario, sino el mismo Anticristo, con el que no cabía negociar. Los bandos implicados, es decir, católicos y protestantes, estaban convencidos de que luchaban por la verdad y por la salvación de sus propias almas. Por otra parte, era una guerra entre potencias modernas por la supremacía sobre el mundo. Y, además, el conflicto del que estamos hablando fue, sobre todo, un duelo entre dos personalidades cuyos rasgos marcaron de una forma indeleble su época y sus respectivos mundos.»

«Isabel I no podía enfrentarse a la potente Armada española aplicando una estrategia que se basara exclusivamente en el número de naves y cañones. Así pues, optó por una táctica diferente: una especie de guerrilla de los mares. Los buques de la Navy Royal, a los que se sumaron varias naves de propiedad privada, realizaron una serie de incursiones contra los puertos y los barcos españoles que regresaban a Europa, cargados de oro y plata, a través del Atlántico. Fue entonces cuando aparecieron varios personajes excepcionales que se pusieron a las órdenes de la reina y se convirtieron en lo más granado de la marina inglesa [...]. A aquellos caballeros del mar se los bautizó como Sea Dogs (literalmente, Perros del Mar) y fueron los corsarios isabelinos. En la época en la que nos encontramos, un corsario, a diferencia de un pirata, era un ciudadano particular al que el Estado — en este caso el rey o la reina — autorizaba, mediante un documento denominado carta de contramarca o patente de corso, a atacar a los barcos de otros países para arrebatárles su botín, pero con una condición: el corsario tendría que repartirse sus ganancias con el monarca que le hubiese otorgado la patente.»

«Sin embargo, no podemos verlos como meros mercenarios. Con sus gestas escribieron algunas de las páginas más gloriosas de la navegación inglesa. Sus personalidades son demasiado complejas, poliédricas y contradictorias como para tratar de encajarlas en estrechas categorías. Sin duda, la avidez personal, la codicia y el afán por obtener riquezas eran potentes estímulos

para emprender la guerra de corso: no en vano, los buques españoles que regresaban del Nuevo Mundo, repletos de tesoros, constituían un objetivo jugoso y relativamente fácil. Pero los corsarios también se movían por un elevado sentido cívico y moral. A menudo, los corsarios de la reina eran nobles y cortesanos; en muchos casos, incluso amigos personales de la soberana. Se sentían profundamente vinculados a Isabel I, a la que servían con el ímpetu propio de los antiguos caballeros medievales. [...] De ese modo, la guerra de corso que se libraba en el vasto océano se transformaba en una guerra por la redención del alma. Como se escribió en el siglo XIX, el poderío inglés sobre los mares fue el hijo legítimo de la reforma protestante.»

«Volvamos ahora a la historia del protagonista de este libro, sir Francis Drake. La trayectoria del Dragón se entrelaza con la de los Sea Dogs que acabamos de describir. De hecho, John Hawkins fue su mentor; Thomas Cavendish, su imitador, y Walter Raleigh, su compañero de batallas. Drake encarnó perfectamente el espíritu de su época: un mundo de contradicciones dramáticas y lacerantes en el que la vida humana valía menos que la reputación de un hombre y en el que se construían inmensas fortunas sobre la sangre de miles de esclavos arrancados de su tierra.»

«Francis era el mayor de los doce hijos nacidos de la unión de Edmund Drake y de Mary Mylwaye, un matrimonio de pudientes campesinos. El padrino del bebé fue nada menos que el señor local, Francis Russell, segundo conde de Bedford, que le dio su nombre de pila. Esto demuestra que la posición social de la familia era más que acomodada. Lord Russell era un protestante convencido.»

«Francis sabía que algunos de los parientes de su padre afincados en Plymouth — la zona de la que procedía— trabajaban en lucrativos comercios que iban mucho más allá de las cortas rutas del canal de la Mancha: se trataba nada menos que de los familiares de John Hawkins, el primer inglés que comerció con esclavos en las aguas del Atlántico. Cuando estaba a punto de cumplir veinte años, Drake decidió unirse a su primo para aprender de él mucho más que un oficio. Lo que quería conocer era la técnica de la navegación oceánica, pero lo que en realidad aprendió fue el arte de la guerra y la piratería.»

«Hawkins había intuido cuál era el comercio más lucrativo (e infame) de cuantos estaban al alcance de los ingleses: el de esclavos. Los navegantes que se encontraban al servicio de la reina Isabel aún no estaban en condiciones de competir con sus compañeros ibéricos en las largas distancias. Por aquel entonces ni se les pasaba por la cabeza alcanzar las lejanas islas Molucas, en el sureste asiático, para disputarles los enormes beneficios que brindaba el comercio de especias. Sin embargo, la práctica secular en las difíciles corrientes de las aguas nórdicas había familiarizado a los ingleses con los entresijos de la navegación atlántica.»

«John Hawkins supo aprovechar la ocasión: ya que no podía llegar hasta el océano Índico o el Pacífico, que cuarenta años antes había atravesado Fernando de Magallanes, se abriría camino en el Atlántico. El tablero estaba ya densamente ocupado, pero el pastel, pensaba John, era lo bastante grande para que todos comieran de él.»

«Desde aquel momento, y durante siglos, una multitud de inocentes encontraron la muerte en los barcos negreros que, procedentes de Europa, viajaban rumbo a América. Aquellas naves eran verdaderas carnicerías de seres humanos. Hasta el siglo XVIII, los barcos negreros evolucionaron como una herramienta de deportación diseñada como prisión marina, como cárcel flotante. [...] En aquel infierno de madera y agua salada, el olor a excrementos, a orina, a sangre y a vómito se entremezclaba hasta provocar desmayos. A los que lograban sobrevivir (y a sus descendientes) les esperaba en las plantaciones de América un futuro de abusos, humillaciones y privación de su propia cultura. Es cierto que la trata de esclavos había empezado como mínimo a mediados del XV, cuando las naves portuguesas llevaron a Lisboa a los primeros hombres desde Guinea. Sin embargo, el viaje de Hawkins se correspondía ya, en el plano simbólico, con las nuevas lógicas de un mercado mundial y de ese modo abrió una nueva era.»

«Mientras tanto, Francis Drake se había quedado en su patria, atendiendo, en calidad de agente comercial, los negocios de su primo. Aún no se le había permitido participar en una expedición, pero las noticias acerca de las ingentes ganancias, los relatos sobre los salvajes que acechaban en las selvas y el desafío planteado a los arrogantes españoles avivaban su imaginación y acrecentaban sus ansias de unirse a su primo.»

«La salida estaba prevista para la fría mañana del 6 de noviembre de 1566. Aquel viaje llevó a Drake más lejos de casa de lo que jamás había estado. En los meses siguientes conocería la dureza de la navegación oceánica, el furor de la guerra y también la avidez saqueadora de las riquezas americanas. Su bautismo de fuego llegó poco después de zarpar. La ocasión se presentó ante las costas del archipiélago de Cabo Verde, antigua colonia portuguesa. [...] Aquella maniobra, por su ferocidad, quedaría para siempre grabada en la mente de Drake, que volvería a recurrir a ella en el futuro, y a menudo. El ataque, contrario al derecho y a la diplomacia, les aportó dos ventajas decisivas: por una parte, les ahorró tiempo de viaje, dado que ya no tenían necesidad de detenerse en las costas africanas a negociar con intermediarios locales; por otra, intensificaba aún más el desencuentro con las potencias católicas y dejaba claro, de una vez por todas, que había un nuevo y agresivo jugador que estaba reclamando su lugar en el tablero del mundo.»

«La diplomacia no era precisamente el punto fuerte de Hawkins y Drake. De hecho, su petición de ayuda se produjo de una forma muy particular. Al entrar en el puerto, con un movimiento fulminante, un puñado de sus hombres se hicieron con el control de los cañones españoles que estaban dispuestos en el muelle y los apuntaron contra la amenazadora fortaleza que se elevaba sobre un escollo, vigilando la bahía. A continuación, los ingleses enviaron al gobernador una carta en la que le aseguraban venir en son de paz y estar dispuestos a pagar a cambio de que les ayudaran y les proporcionaran víveres. Aquella rapidísima operación habría podido funcionar, pero, para sorpresa de los recién llegados, al día siguiente apareció a sus espaldas una imponente flota española compuesta por trece naves.»

«Al cabo de tres días de negociaciones llegaron a un pacto: las naves hispánicas entrarían en el puerto y a los ingleses se les permitiría reparar sus barcos y volver a zarpar sin que nadie los molestara. Pero Enríquez había urdido una trampa. [...] En la mañana del 23 de septiembre de 1568, antes de que el sol despuntara por el horizonte, los españoles iniciaron su feroz ataque. La maltrecha flota inglesa fue bombardeada con cañones que disparaban tanto desde la fortaleza como desde los galeones hispánicos. La gran *Jesus of Lubeck* atrajo la mayor parte del fuego. Después del bombardeo, al toque de las trompetas, comenzó el abordaje. Un río de soldados españoles se precipitó hacia los barcos enemigos para masacrar a su tripulación. [...] Fue una carnicería. Aquel día no tuvo nada que envidiar a las más cruentas batallas de las guerras de religión europeas. La sangre de los muertos tiñó de rojo el agua del mar, mientras las naves, destripadas por los cañonazos, se iban lentamente a pique. [...] Bajo los disparos de los cañones españoles que rasgaban el aire, los últimos supervivientes lograron subir a bordo de los barcos que aún estaban a flote.»

«Allí, ante la desembocadura del río Chagres, tomó por sorpresa un buque de guerra español, que asaltó con una enorme rapidez. Los marineros ibéricos ni siquiera tuvieron tiempo de organizar su defensa. Durante varias semanas, Drake sembró el terror en la región y desvalijó los navíos comerciales que seguían el curso del río. Después regresó a Inglaterra. Los rumores sobre aquel pirata semidesconocido que llevaba la guerra al corazón mismo del imperio colonial castellano pronto llegaron también a Londres, a oídos de la reina. En aquel momento, para su enfrentamiento contra el rey Felipe II, Isabel I solo podía contar con iniciativas de ciudadanos particulares, como Drake. Por eso le concedió la monarca la anhelada patente de corso. A todos los efectos, Drake era ya un corsario de la reina.»

«Con el apoyo de la corona llegaron también los patrocinadores. Incluso John Hawkins, con el que la relación se había deteriorado después de la rocambolesca huida de San Juan de Ulúa, volvió a acordarse de él y le proporcionó uno de sus barcos, [...] En aquella ocasión, el objetivo

del Dragón — como empezaban ya a conocerlo los españoles— era mucho más ambicioso: no se contentaría con las pequeñas naves comerciales que remontaban el río Chagres desde su estuario. Había decidido apoderarse del tesoro español de Nombre de Dios, una ciudad portuaria situada en la costa este del istmo de Panamá.»

«Drake sabía perfectamente que si lograba atacar con éxito el puerto de Panamá asestaría un golpe en el corazón mismo del sistema imperial. Apoderarse del tesoro de Nombre de Dios, manchado con la sangre de decenas de miles de indios que morían en las minas de Potosí, no solo lo haría inmensamente rico: una acción como esta le permitiría poner en apuros a la maquinaria bélica de Felipe II, que necesitaba aquella plata para pagar al enorme ejército en el que basaba su poder. Mantener un imperio sale muy caro. Y Drake era muy consciente de ello.»

«Durante la convalecencia, su voluntad se guio por un único pensamiento. Venganza. Aquella era su segunda derrota a manos de los soldados españoles. No habría una tercera. La situación requería un éxito inmediato. La moral de los hombres se había puesto a prueba en demasiadas ocasiones. No soportarían una enésima humillación. Tan pronto como estuvo en condiciones de caminar, Drake dio orden de poner rumbo al sur, hacia las actuales Colombia y Venezuela.»

«En la mente de Drake comenzó a gestarse una nueva idea. Antes de partir en su enésima expedición, Francis dejó a su hermano John en el archipiélago con una misión: entrar en contacto con los indígenas del continente. Si Drake y los suyos querían permanecer allí para atacar a los buques españoles, necesitarían provisiones y suministros de diferentes tipos, y la única manera de conseguirlos era encontrar aliados. [...] Diego fue como un regalo de la Providencia. Fue él quien le explicó a Drake que sus movimientos no habían pasado desapercibidos y que, en lo profundo de la jungla ecuatorial, había una comunidad de hombres libres que estaban dispuestos a ayudarlo. Se trataba de antiguos esclavos africanos o de descendientes de esclavos que se habían rebelado contra los negreros españoles a través de diversos levantamientos desde los primeros momentos de la presencia hispánica en América.»

«En el sofocante otoño tropical de 1572, el corsario empezó a trazar en su mente un plan sumamente audaz. Aprovechando que los cimarrones podían servirle de guías en los inaccesibles senderos de las montañas, esta vez Drake quería interceptar el tesoro español durante su traslado por tierra desde la costa pacífica hasta la atlántica, desde la que después partiría por mar directamente hacia Sevilla. Los españoles conocían aquel trayecto como el Camino Real.»

«En aquella amalgama de lenguas y orígenes no fue difícil para uno de los cimarrones de Drake infiltrarse en la ciudad pasando inadvertido. Así se enteró de que las naves del tesoro acababan de llegar al puerto y de que el convoy de mulos empezaría a recorrer el Camino Real aquella

misma noche. Drake y sus hombres comenzaron entonces a organizar la emboscada, unos kilómetros tierra adentro, ocultos por la densa maleza que bordeaba el sendero.»

«Los rebeldes le dijeron a Drake que el convoy estaba formado por 190 mulos, acompañados de esclavos y de 45 hombres armados. Esta vez todo fue según lo previsto. En la oscuridad de la noche, agazapados entre la maleza, los ingleses asaltaron a los exhaustos soldados, que se dieron a la fuga sin oponer resistencia. Todo se resolvió en apenas unos minutos. La victoria fue absoluta. Ante los vencedores surgió una visión capaz de hacer palidecer el afán, la avidez o la codicia más irrefrenables. [...] Se calcula que la riqueza de la que Drake se apoderó, sin contar el oro y la plata que dejó en tierra, equivalía a una quinta parte de los ingresos anuales de la reina Isabel I.»

«En esta ocasión las autoridades coloniales acusaron el golpe. Pese a que habían recuperado una parte importante de la plata peruana, la rapidísima acción del corsario inglés les había dejado una profunda sensación de vulnerabilidad. La situación parecía aún más inquietante por la inédita alianza entre Drake y los cimarrones, que, si llegaban a coordinarse, organizarse y armarse con ayuda de los ingleses, supondrían una amenaza mortal para la supervivencia del imperio español en América. Los oficiales de Felipe II empezaron a temer una intervención inglesa a mayor escala, una invasión propiamente dicha. El robo del tesoro americano aportó a Drake no solo riqueza, sino también un nuevo prestigio. [...] El gobernador Fernando Álvarez de Toledo, el poderoso duque de Alba, propuso entonces a Isabel I una tregua, que ella aceptó, con la esperanza de dar un respiro a las finanzas de su reino, ya muy mermadas. Sabemos poco de lo que Francis Drake hizo en los meses posteriores a su regreso. Es probable que, para no indisponerse aún más con Madrid, Isabel pidiera a su corsario que, de momento, mantuviese un perfil bajo.»

«La infancia de Nuno da Silva, a diferencia de la de Drake, estuvo inmersa desde muy pronto en el mundo de la navegación oceánica, cuyos secretos descubrió el pequeño gracias a la atenta supervisión de su tío. Pero la educación de Nuno no se limitó a la práctica de las técnicas maríneas, sino que rápidamente abarcó otras áreas del saber: el pequeño aprendió español, una lengua fundamental para comunicarse con los vecinos y rivales ibéricos, siempre presentes en las aguas atlánticas; también aprendió matemáticas, geografía, astronomía y astrología, y adquirió amplios conocimientos sobre la flora y la fauna de regiones lejanas, que hasta apenas unos decenios antes habían sido completamente ajenas al saber europeo.»

«Podemos decir que estos hombres fueron los primeros de la historia que desarrollaron una experiencia individual y continuada del planeta como un sistema complejo, pero coordinado y unitario; en otras palabras: de un mundo global. A lo largo de un solo viaje, un timonel pasaba

por diferentes latitudes y climas, se encontraba con pueblos distintos, extraños y fascinantes, observaba animales desconocidos y hasta podía comprobar con sus propios ojos que los grandes filósofos y santos del pasado, como Aristóteles o Agustín de Hipona, también se equivocaban, por ejemplo cuando aseguraron que las tierras ecuatoriales eran inhabitables.»

«En la historia que aquí nos ocupa, **Da Silva fue un protagonista inesperado, una anomalía en el curso de los acontecimientos. Evidentemente, a la luz de todo lo que hemos visto, resulta comprensible que sus conocimientos fuesen tan útiles para Francis Drake a la hora de plantear un viaje como el que el corsario estaba imaginando.** Aun así, en este movimiento no hubo ninguna premeditación: el timonel portugués se encontraba por casualidad justo en el lugar en el que Drake decidió hacer escala para secuestrar a un piloto. En noviembre de 1577 Da Silva zarpó de Oporto, como había hecho ya tantas veces en su vida, y puso rumbo a la isla de La Palma, en las Canarias. En teoría, allí le esperaba un cargamento de 150 barricas de vino destinado a Brasil. Lo que no sabía el piloto es que en realidad le esperaba la aventura más increíble y asombrosa de toda su vida.»

EN LOS CONFINES DEL MUNDO

«En diciembre de 1573, Francis Walsingham, ferviente anticatólico y antiespañol, estaba relegando a un segundo plano al principal consejero de la reina, William Cecil, más prudente y diplomático. [...] Walsingham era el hombre adecuado en el momento adecuado para jugar esta partida. En cuanto a Francis Drake, al fin le había llegado la hora del reconocimiento. Las personalidades de ambos parecían hechas para que se entendieran inmediatamente. Los dos odiaban a Felipe II y todo lo que este rey católico encarnaba; los dos sabían — o se imaginaban — que una invasión del territorio de Inglaterra por parte de España era solo cuestión de tiempo; los dos eran conscientes de que la mejor manera de evitar o, al menos, retrasar aquella agresión era golpear antes que el enemigo, pero también tenían claro que apuntar en ese momento a la península ibérica habría sido un suicidio. Lo mejor, pues, era trasladar la guerra a otro lugar, allí donde Felipe II jamás habría siquiera imaginado.»

«La misión iba a ser la más ardua y ambiciosa de todas las que había intentado hasta aquel momento la monarquía inglesa. Para completarla sería necesario recorrer extensísimas regiones, todas ellas propiedad del rey de España. Si alguien los descubría, la paz de 1573, que ya era precaria, estaría acabada. A ello había que añadir el riesgo de navegar por aguas completamente desconocidas para los ingleses: decenas de miles de kilómetros en océanos remotos, con el riesgo constante de ser aplastados por los barcos españoles. Si no era una misión suicida, poco le faltaba. No sería fácil encontrar a la persona adecuada para emprenderla, pero Walsingham conocía bien a sus hombres. [...] La elección recayó entonces en el hombre que tenía más cuentas

pendientes con España y con Felipe II. Francis Drake quería vengar la sangre derramada por muchos de sus hombres, que habían perdido la vida en San Juan de Ulúa y en Nombre de Dios. Además, probablemente era quien mejor conocía las aguas del Atlántico meridional y la forma en la que los españoles combatían en los mares. **Fue así como empezó el viaje que llevaría por primera vez en la historia a un inglés a dar la vuelta al mundo y que cuestionó el dominio global del imperio en el que nunca se ponía el sol.»**

«En el otoño de 1577 la situación política había empeorado tan rápidamente que había que levar anclas y zarpar lo antes posible. Las tensiones entre Isabel y Felipe, entre Inglaterra y España, crecían día tras día y la paz sellada unos años antes estaba a punto de romperse. Cada vez eran más insistentes los rumores de una invasión española y cada día aumentaba el riesgo de que la expedición fuese descubierta.»

«Los vientos alcanzaron los cien kilómetros por hora; las crestas de las olas, de una altura de hasta cinco metros, se rompían en golpes vertiginosos de espuma que después arrastraba el viento. Era en momentos como aquellos cuando el mar recuperaba a ojos de los hombres su ancestral imagen de caos y maldad. La Pelican y la Marigold sufrieron daños tan graves que les resultaba imposible continuar el viaje en ese estado, lo que obligó a toda la flota a buscar refugio en el puerto de Falmouth, en la costa de Cornualles. [...] Doughty logró ganarse el favor del poderoso consejero de la reina, William Cecil, y del canciller Christopher Hatton. Si Drake quiso contar con él entre su tripulación fue en parte por estas conexiones, sobre todo por la posibilidad de que intercediera ante lord Hatton, cuyo apoyo era fundamental para que la soberana diese su visto bueno a la expedición. Así pues, es posible que, en calidad de representante de Hatton, a Doughty se le concediese alguna competencia de dirección o al menos de control sobre Drake, aunque oficialmente apareciese como mero miembro de la tripulación.»

«Tampoco Drake, como ocurrió antes con Magallanes, podía aceptar que se desafiara su poder y su posición. El resultado, de hecho, sería trágicamente parecido. Fueron muchas las similitudes entre la experiencia del viaje de Drake y la travesía de Magallanes, cuyas huellas seguía el capitán inglés.»

«A pesar de las bellezas naturales que les ofrecían aquellos mundos exóticos, la rutina de a bordo se mantenía sin cambios y Francis no olvidaba el objetivo del viaje: la guerra contra España y las potencias católicas. Durante su camino, los ingleses capturaron varios barcos pesqueros españoles y una carabela portuguesa, y apresarían muchos más en los años siguientes. África occidental se encontraba bajo la autoridad de Portugal, pero en aquellas aguas, no lejos de las islas Canarias, no era infrecuente toparse con embarcaciones hispánicas. Por el momento, Drake

se limitó a ordenar a sus hombres que secuestraran aquellas naves enemigas, pero solo para conseguir bienes de primera necesidad, como alimentos y agua. Sin embargo, el secretismo del comandante con respecto a los objetivos de la misión, combinado con aquellos pequeños actos de piratería, hacía que el descontento a bordo fuera en aumento. ¿Cuál era el verdadero propósito del viaje? ¿Capturar pesqueros y pequeñas carabelas? El corsario sabía perfectamente que necesitaría toda el agua y todas las provisiones que fuese posible reunir, dado que se disponía a conducir a sus hombres más lejos de lo que jamás había estado ningún inglés hasta entonces.»

«Aquel día llegaron a Santiago, la principal isla del archipiélago. No sabemos cuáles fueron los motivos exactos de aquella decisión. [...] Sabía que en el puerto de Santiago no recibiría una buena acogida porque allí no veían ninguna diferencia entre ellos y los piratas que infestaban la región. Pero es posible que los marineros que se habían quedado vigilando a bordo de la Pelican le hubiesen avisado de que esa misma mañana se estaba acercando un buque mercante portugués. Aquel buque era precisamente la Santa Maria, la nave de Nuno da Silva. Tal vez Drake no sabía que el capitán y piloto de aquella nave, gracias a su acervo de conocimientos náuticos, constituía la solución a sus problemas de navegación. [...] el 31 de enero de 1578, al entrar en la bahía de Santiago y antes de llegar a la zona de alcance de los cañones que protegían el puerto y la fortaleza desde la que se vigilaba la isla, Drake, con una de esas rápidas maniobras en las que era todo un maestro, capturó la Santa Maria casi sin derramamiento de sangre. Cuando los oficiales ingleses subieron a bordo de la nave lusitana encontraron en ella todo lo que esperaban e incluso más. »

[...] Además de estos voluptuosos bienes, descubrió objetos de incalculable valor para su misión. No en vano, Nuno da Silva custodiaba una serie de cartas náuticas en las que se plasmaban las costas y las aguas del Atlántico meridional hasta, por lo menos, la altura del Río de la Plata. Aquellos mapas proporcionaban datos valiosísimos para moverse en el océano, como la profundidad de los fondos marinos, la presencia de rocas y escollos bajo la superficie del agua, el perfil de las costas o la dirección de las corrientes. En definitiva, podían marcar la diferencia entre vivir o morir, entre volver a casa como héroes o fallecer en medio del olvido en los confines del mundo. Además, como ya hemos explicado, Nuno da Silva, el propietario de aquellas cartas, era un auténtico profesional del mar, además de un hombre cultivado y con un talento polifacético. **Entre él y Francis Drake nació inmediatamente una conexión tan espontánea como inesperada. No sabemos qué se dijeron entonces, pero es posible que la conversación entre aquellos dos capitanes fuese franca y cordial.** En un principio, tal vez experimentaron alguna dificultad para comunicarse, ya que ninguno de ellos hablaba la lengua del otro. Sin embargo, ambos tenían nociones de español, sobre todo Da Silva, que, de todas formas, no tardó en aprender inglés. **Quizá Drake le confesara la meta y el propósito de su expedición: entrar en**

las aguas del Pacífico a través del paso que Magallanes había descubierto en 1520. Francis necesitaba el conocimiento de Nuno, y Nuno se mostró rápidamente dispuesto a colaborar.»

«No sabemos por qué decidió Doughty hacer aquel gesto desconsiderado, casi autodestructivo. Tal vez intentaba afirmar su autoridad sobre sus hombres o averiguar hasta dónde estaban dispuestos a llegar por él. Algo parecido había sucedido ya en el viaje de Magallanes, en el que el oficial Juan de Cartagena — que, al igual que Doughty, se presentaba como una especie de comandante sombra— se negó a responder al mensajero que le había enviado el capitán general para el tradicional saludo nocturno. Aunque ese otro gesto fuese menos llamativo que el de Doughty, su objetivo también era dejar claro dónde empezaba la autoridad de uno y dónde terminaba la del otro. Tanto para Cartagena, en 1520, como para Doughty, en 1578, las consecuencias serían, como veremos, dramáticas. Después de haber resuelto la situación, al menos por el momento, Drake regresó a la Pelican, llevándose consigo a Nuno da Silva.»

«No sabemos cómo reaccionaron los ingleses ante aquella historia ni hasta qué punto el propio Da Silva se la creía. De hecho, no era infrecuente oír relatos de este tipo en el mar. Lo que es seguro, en cualquier caso, es que aquella circunstancia permitió al piloto demostrar sus valiosísimas dotes técnicas. Nuno poseía las cartas náuticas de las líneas de costa y de los fondos marinos situados ante ellas. Pero sobre todo conocía aquellas corrientes. Consiguió sacar las naves de la niebla sin encallarlas en bancos de arena, escollos sumergidos o cualquier otro obstáculo no visible. En aquel momento, Fletcher anotó en su diario que Da Silva era un regalo enviado por Dios y que sin él seguramente habrían muerto todos.»

«John Drake fue uno de los primeros en percatarse de la presencia de los indígenas, que, según escribió, “estaban desnudos, aunque algunos de ellos parecían vestir una especie de camisas cortas elaboradas con plumas. Llevaban arcos y flechas y se dirigieron hacia el lugar en el que se encontraban los ingleses para hablar con ellos”. Los visitantes acamparon en la costa, cerca de los barcos, y durante toda la noche bailaron y cantaron a la luz de la lumbre. John no cuenta qué sentimiento suscitó aquella imagen entre los espectadores a bordo de las naves, pero podemos imaginar que fue una mezcla de estupor, miedo y fascinación ancestral. Para muchos marineros, aquella era la primera vez que estaban ante unos seres humanos tan diferentes, tan ajenos.»

«Aunque la mayoría de los hombres — tanto marineros como oficiales— sentía una profunda antipatía hacia Thomas, Drake estaba convencido de que algunos de ellos compartían las ideas del noble rebelde. Lo que más temía era que, a medida que la flota se adentrara en aguas desconocidas y remotas, el miedo y el cansancio fuesen avivando el germen de la revuelta. Si se llegaba a esa situación, seguramente quien se pondría al frente del motín sería Doughty. Para

algunos, aquel viaje ya había adquirido tintes propios de la piratería y ninguno de los tripulantes había olvidado que Drake les había mentido al anunciarles su destino, que en un principio iba a ser la ciudad egipcia de Alejandría. [...] Se decidió entonces organizar un juicio. [...] la situación no estaba exenta de riesgos, ni siquiera para el propio Drake. La acusación de amotinamiento, de hecho, era la más grave de todas las previstas y en caso de que se hallara culpable al reo solo había una pena posible: la muerte. Pero Doughty no había liderado una revuelta armada, como hizo Juan de Cartagena contra Magallanes cincuenta y ocho años antes.»

«La ejecución proyectó una sombra durante el resto del viaje y dividió a los marineros en dos bandos. Algunos consideraban que Drake se había extralimitado en sus competencias como comandante y había caído en la arbitrariedad y la tiranía. Otros pensaban que aquella acción había sido necesaria.»

«A pesar de las competencias de Da Silva y de la determinación de Drake y sus tripulantes, llegar hasta el estrecho era una gesta náutica muy delicada. Desde que se descubriera este paso, en 1520, no habían sido muchos los que se adentraran en sus aguas, que en el imaginario marino todavía aparecían envueltas de un halo de misterio. Aquellos lugares remotos habían dado lugar a tenebrosos relatos, que los viejos lobos de mar contaban en las largas noches de invierno a la trémula luz de las polvorientas tabernas. ¿Qué eran las imponentes columnas de humo que se elevaban a los lados del canal? [...] En los tiempos de Drake, el mundo era aún un lugar misterioso y mágico, y allí, en sus remotos extremos australes, nadie se habría sorprendido de ver asomándose al mismísimo Satanás. De hecho, Nuno da Silva comentó que el humo “salía del vientre de las entrañas de la tierra”. Hoy en día sabemos que, en realidad, el humo procedía de los fuegos que encendía el pueblo local, los yámanas, ya fuese para calentarse, para deforestar el terreno y explotarlo después o para ambas cosas.»

«Pacífico. En menos de dos semanas, y sin grandes dificultades, Drake consiguió atravesar el estrecho para el que Magallanes había necesitado un mes. Esta gesta no solo evidencia el fervor y la tenacidad de aquellos marineros valientes, aunque despiadados: también pone de manifiesto lo mucho que había avanzado la navegación en aquellos decenios. Ante Francis Drake y Nuno da Silva se abría al fin la extensísima superficie del mayor mar del mundo. Ahora podían comenzar la verdadera misión para la que la flota había partido de Plymouth casi un año antes: declararle la guerra al imperio español.»

ATAQUE CONTRA EL IMPERIO

«El Dragón tenía muy claro su objetivo a partir de ese momento: continuar hacia el norte sembrando el terror entre los barcos españoles. Atacaría cualquier nave castellana cargada de

oro, plata y esclavos que encontrase a su paso. El recuerdo del sufrimiento durante la incursión en San Juan de Ulúa y en Nombre de Dios aún estaba vivo en su memoria, aún le sangraba, y había llegado ya la hora de reclamar venganza.»

«Considerando las dificultades que, como veremos, estaba padeciendo la Golden Hind en aquel momento, Wynter y los suyos habrían tenido tiempo de acudir al lugar establecido para la cita. Pero él ya había tenido bastante: las tormentas, las tensiones entre los hombres, los secuestros... Todo parecía indicar que había algo profundamente equivocado en lo que estaba ocurriendo. Si Wynter adoptó aquella decisión significa que sentía que estaba actuando dentro de los límites establecidos y con el amparo de la ley. [...] Pero la suerte ya estaba echada. Una vez realizados los necesarios remiendos y reparaciones, Wynter ordenó tomar el sentido contrario. Destino: Londres, adonde llegarían el 2 de junio de 1579.»

«Entretanto, Drake, Fletcher y Nuno da Silva, que no sabían lo que estaba ocurriendo en la Elizabeth, seguían enfrentándose a una tempestad que no daba tregua. La Golden Hind volvió a ser arrastrada hacia el sur por la implacable ferocidad de los vientos y las corrientes marinas. Durante aquel enésimo descenso, el inquieto espíritu de observación de Drake iba acumulando información sobre la fisonomía de la costa. La presencia de numerosos fiordos y aperturas hacía pensar que la tierra situada al sur del estrecho de Magallanes no constituía un único bloque continental, sino que estaba compuesta por una serie de islas.»

«Era el 6 de diciembre de 1578. En aquella ocasión, el éxito fue total. Drake podía sentirse orgulloso. Es cierto que se trataba solo de la primera acción de una campaña militar que, según sus previsiones, sería larga y difícil. Pero por ahora tenían motivos para estar satisfechos. Además, desde el puente de la Capitana, el Dragón comprobó que todos los habitantes de Valparaíso habían huido. El puerto de la capital, Santiago, situada unas decenas de kilómetros tierra adentro, era poco más que un pueblo [...] Drake dio permiso a los suyos para que saquearan la localidad. Después de un año de fatigas, aquellos hombres podían al fin dar rienda suelta a los sueños de riqueza que los habían empujado a embarcarse.»

«También Nuno da Silva asistió a aquellas celebraciones, y ese gesto le saldría muy caro más adelante. De hecho, cuando se le liberó, una de las principales acusaciones que dirigió contra él la Inquisición fue su participación en los ritos “luteranos”. Sin embargo, en aquel momento él no tenía mucho margen de elección: su situación era delicada y muy particular. Por un lado, entre Drake y él había surgido una relación de amistad y de mutua admiración. Por el otro, a todos los efectos Da Silva seguía siendo un prisionero, lo que explica en parte que quisiera complacer a su amigo-carcelero.»

«El Dragón sabía que el corazón de la riqueza y del poderío español en América se encontraba en otra parte, más al norte: en el mítico Reino del Perú. Allí es donde se hallaban las vísceras centrales del Nuevo Mundo, repletas de oro y de plata. Allí es donde se hallaba el núcleo político, económico y moral de aquella talasocracia global que dependía de Madrid.»

«Habían recorrido ya cuatro mil kilómetros desde que dejaron atrás Tierra del Fuego y por fin estaban llegando al Virreinato del Perú. A aquellas alturas, Drake y sus oficiales no sabían muy bien qué les esperaba allí. Probablemente, los comerciantes que habían encontrado en el desierto de Atacama no tenían ni idea de quiénes eran ni con qué intenciones venían. ¿Tal vez no les había llegado aún la alarma que había lanzado la provincia de Chile? Aun así, ¿estarían informadas las autoridades peruanas? [...] Antes de continuar el viaje con los corsarios ingleses, detengámonos un breve instante en el dicho: “Vale un Perú”. Aunque pueda sonar anticuado, lo cierto es que aún se utiliza en algunos países hispanohablantes para designar un objeto o, en general, cualquier cosa que tenga un valor inestimable. Su origen se remonta precisamente a la época que estamos visitando. Fueron los conquistadores quienes acuñaron esta expresión en los tiempos de la invasión de Perú para hacer hincapié en las extraordinarias riquezas de la región, que en poco tiempo se convirtió en el corazón que bombeaba la sangre hacia todo el imperio colonial.»

«Su principal objetivo eran las costas peruanas. En aquel litoral, gran parte del tesoro que se extraía de las minas de Potosí se embarcaba en galeones para trasladarlo después hacia el norte, hasta el istmo de Panamá, y desde allí se transportaba — primero por vía terrestre y después por vía marítima— hasta el puerto de Sevilla, en la vieja Europa. Otra parte de la plata se enviaba a Filipinas gracias a una ruta trazada en 1565 entre Acapulco (México) y Manila, a través de la enorme extensión del océano Pacífico. En definitiva, por aquel trozo de mar pasaba la vena yugular del sistema de poder global dirigido desde Madrid.»

«Después de haber pasado por tantos puertos y pueblos con apenas uno o dos barcos en sus bahías, casi siempre vacíos, aquella noche su codicia se avivaba al ver al menos catorce galeones fondeados. No por casualidad Callao se conocía también como el puerto de Los Reyes. Gracias a esa escala, a la ciudad de Lima llegaban todas las riquezas, maravillas y curiosidades de aquella extraordinaria parte del mundo: no solo oro y plata, sino también piedras preciosas, animales exóticos, artículos indígenas, aromas y especias como la pimienta rosa, la cayena, el achiote u onoto (una planta amazónica de la que se extrae un potente colorante rojizo) o la sarrapia (de la que se obtiene la cumarina, una sustancia con propiedades analgésicas y antiinflamatorias). A aquel puerto también llegaban mercancías procedentes de Asia, concretamente de China, Japón, la India y Malasia, a través de los Galeones de Manila. Lima era, además, la residencia del virrey,

símbolo del poder político y religioso de España en la América meridional. En la ciudad había cinco monasterios, dos conventos y dos hospitales.»

«En Lima se había dado la voz de alarma por lo ocurrido en el puerto de Callao. El virrey Francisco de Toledo, al que despertaron en plena madrugada, ordenó armar a la milicia y convocó a su Consejo de Guerra. [...] para cuando llegaron, Drake y su presa ya habían desaparecido en la oscuridad de la noche, más allá del horizonte. Tras una rápida inspección, Frías Trejo se dio cuenta de que, antes de darse a la fuga, los corsarios no habían conseguido dañar todas las naves que se habían quedado en el puerto.»

«Drake liberó la San Cristóbal con los prisioneros a bordo, entre ellos el piloto Juan Greco. Cuando este último compareció ante Frías Trejo, relató su cautiverio. Contó que le habían secuestrado en el puerto de Valparaíso, en la provincia de Chile, y que con él se habían llevado también la nave que pilotaba, conocida como “la Capitana”. Su carcelero, añadió, se llamaba Francisco Drac, el Dragón, y era el mismo hombre que unos años antes había robado el tesoro español en Nombre de Dios. Explicó también que jamás fraternizó con aquellos herejes, que nunca escuchó sus sermones y que en ningún momento participó en sus sacrílegos rituales. Sabía perfectamente el riesgo que corría por haber pasado semanas a bordo de un barco de piratas. [...] Una palabra del general Trejo bastaría para salvarlo o condenarlo, así que tenía que evitar dar la impresión de que le estaba ocultando algo. Si acababa en las cárceles de la Inquisición, podrían torturarlo o someterlo a castigos mayores con tal de arrancarle una confesión. El timonel añadió entonces un último detalle a su testimonio. Junto al Dragón había otro piloto que en el pasado — eso dijo— debía de haber sido un buen católico. Se trataba de un súbdito del rey de Portugal — siguió explicando— cuyo nombre era Nuno da Silva. Aquel piloto colaboraba con los ingleses, hablando con ellos de astronomía y geografía, y a menudo se sentaba con ellos a la mesa durante las comidas y asistía a sus ritos y predicaciones. Además — añadió Greco en un tono dubitativo—, Da Silva y el Dragón pasaban mucho tiempo juntos, los dos solos, quizá para hablar de rutas náuticas, de cosmografía o de posibles maneras de regresar a Europa, o quizá... [...]. El virrey, Francisco de Toledo, estaba furioso por el regreso de las dos naves sin los prisioneros y ordenó a todos los hombres que permaneciesen a bordo de los barcos, donde él los interrogaría personalmente. [...]Cualquier embarcación que contuviese mercancías de valor debía ponerse a salvo en un puerto o contar con la protección de navíos de guerra. En todos los rincones del vasto imperio español tenía que saberse que el Dragón estaba al acecho y que podía pasar al ataque. En cualquier lugar.»

«El material robado ascendía a 362.000 pesos en lingotes de oro. De ellos, 106.000 pertenecían a su majestad Felipe II, y el resto, a inversores privados. Esa suma correspondía a los datos oficiales, pero si añadimos el resto de las riquezas que no se habían inscrito regularmente, el total

superaba los cuatrocientos mil pesos. Como de costumbre, los ingleses cogieron todas las provisiones que quisieron, además de dos barriles de agua, herramientas, velas, tela y una cuerda. Al cabo de unos días, en concreto el sábado siguiente, 7 de marzo de 1579, Drake volvió a trasladar a todos los prisioneros a la nave saqueada y le indicó a San Juan de Antón que podía ir adonde quisiera. Lo dejaba libre. [...] Antes de dejarlo en libertad, Drake también entregó a San Juan de Antón un salvoconducto redactado en inglés y firmado por él mismo, por si, según le explicó, se encontraba a las otras dos naves que se habían quedado atrás. Con aquel documento se aseguraba de que, de acuerdo con sus órdenes, no le harían daño ni volverían a robarle.»

«Había una cuestión aún más acuciante que lo atenazaba de tal manera que lo llevó a arriesgarse desvelando sus planes al capitán español. El corsario había llegado más lejos que ningún otro inglés: se había lanzado a los confines meridionales del globo y había atacado por la espalda al imperio más potente y extenso que jamás ha aparecido en los libros de historia. **Había sobrevivido a cruentas batallas y a terribles tormentas, pero ahora tenía que pensar cómo iba a volver a casa, y no conseguiría hacerlo sin la ayuda de alguien que conociera aquella parte del mundo, aunque fuese un enemigo. Así pues, el corsario condujo a San Juan de Antón, en compañía de los pilotos Pedro Sarmiento de Gamboa y Nuno da Silva, a su camarote. Allí, sobre una mesa cubierta de sextantes, astrolabios y tablas astronómicas, Drake extrajo una gran carta náutica y explicó a los presentes que la habían elaborado expresamente para él en Lisboa por la nada desdeñable suma de ochocientos cruzados.»**

«Ningún marinero, añadió Drake, había recorrido jamás las otras dos vías, que eran justo las que él estaba barajando. Se trataba de la ruta circumpolar ártica entre Europa, América y Asia. La primera opción, desde el punto en el que estaban, sería avanzar hacia el círculo polar, al norte de la Rusia actual, navegar después hacia el oeste hasta alcanzar la Noruega septentrional y, finalmente, bajar hacia el sur, por el mar del Norte, hasta Inglaterra.»

«El Dragón — añadió Da Silva — le confesó que estaba dispuesto a llegar hasta los 76 grados de latitud norte para encontrar el estrecho de Anián. Ninguna nave europea había alcanzado jamás aquella altura, al menos no en aquella zona del mundo. Pero lo que más sorprende hoy es la precisión del cálculo. El actual estrecho de Bering, de hecho, se encuentra a 75 grados y 55 minutos de latitud norte.»

«El tesoro robado a Nuestra Señora de la Concepción era para Drake un golpe perfecto. Bastaba por sí solo para considerar que aquel viaje había sido un éxito. Pero su guerra personal aún no había acabado. El Dragón todavía estaba dispuesto a saquear todas las naves enemigas que se encontrara en su trayecto. Arrebataría cualquier riqueza, cualquier recurso humano o material

que se le antojase. Así pues, tomó la chalupa provista de un cañón y salió a inspeccionar la zona, acompañado de varios hombres. Cuánta razón tiene el dicho de que el que la sigue la consigue: los resultados no tardaron en llegar.»

«Entre los once pasajeros que viajaban a bordo se encontraban también dos pilotos que el virrey de Nueva España había enviado para que acompañaran al nuevo gobernador de Filipinas, que iba a embarcar en Acapulco rumbo a Manila. Para Drake, aquellos navegantes eran un tesoro tan valioso como el oro y la plata: representaban un instrumento más en su búsqueda de una ruta alternativa por la que volver a Inglaterra en caso de que el estrecho de Anián no existiera.»

«Aquel extraño interrogatorio era la particular estrategia que empleaba Drake para averiguar si su prisionero le estaba mintiendo. Al ver al noble español tan atemorizado y vulnerable, entendió que decía la verdad. Así pues, ordenó que se dejase al piloto salir de la prisión y los tres subieron al puente. Antes de la cena, aquellos hombres hablaron largo y tendido acerca de rutas náuticas, geografía y política, casi como si fueran amigos. Es cierto que, en vista de la violencia a la que hemos asistido hasta llegar a este punto y de los terribles conflictos desatados en torno a la religión, a la riqueza o a las lealtades políticas, una escena como esta puede parecer increíble, pero ya se sabe que la coherencia no es una característica del ser humano. Estas paradojas constituían el particular fruto de aquel mundo del revés que era el océano.»

« También les habló de su entrada en el puerto de Callao, cerca de Lima, donde había desgarrado las velas y cortado las amarras de todas las naves que se encontró en la bahía. En aquella ocasión, narró, como el viento soplaba desde tierra, empujaba a los buques a la deriva, lo que permitió a los ingleses saquearlos cuanto quisieron. La anécdota era una clara amenaza dirigida a los españoles, una historia que le permitiría asustarlos y someterlos a su voluntad. **Francis Drake sabía cómo pasar rápidamente de un comportamiento caballeresco a una actitud propia de un taimado carcelero.**»

«Unos días más tarde, para cerrar su carta al virrey de Nueva España en la que le relataba aquella extraña experiencia, Francisco de Zárate escribió: Con esto se despidió de mí, y las postreras palabras que me dijo fue pedirme encarecidamente que yo dijese a algunos ingleses que vivían en Lima cómo le había topado a seis de abril y que iba bueno [que se encontraba bien]; de donde se infiere tener espías en todo este reino y el del Perú y lo que yo sé decir a V. E.^a que dos o tres de aquellos que venían a su servicio han navegado donde yo en esta carrera [ruta] de Nueva España. [...] vase derecho a su tierra y entiendo que no le alcanzará ningún navío que tras él vaya; lleva grandísima voluntad de tornar. Este general de los ingleses es [...] uno de los mayores marineros que hay en la mar, así de altura como de saber mandar.»

«Durante aquella breve estancia fueron testigos de lo que ocurría a bordo de la nave hereje, de sus prácticas religiosas — si es que, pensaron ellos, se las podía llamar así— y de la relación que mantenía Drake con un hombre curioso, por no decir enigmático. Se trataba de un portugués, un piloto de navíos que parecía gozar de una magnífica conexión con aquel capitán satánico. Pronto se enteraron de que respondía al nombre de Nuno da Silva. Parecía perfectamente integrado en la tripulación y participaba de manera activa — como tuvieron ocasión de observar— en sus ceremonias religiosas, mientras que ellos, temerosos de Dios, se negaron.»

«En el momento de la liberación, los españoles se sorprendieron al comprobar que Drake también dejó partir a Nuno da Silva. Aquella particularidad parecía demasiado insólita, así que informaron rápidamente de lo que estaba pasando a Gaspar de Vargas, que había conseguido evitar que lo apresaran. [...] Para López y Gómez Rengifo, aquello ya fue demasiado. Decidieron entonces regresar a tierra firme. En cuanto a Nuno da Silva, es probable que tuviese sentimientos encontrados: por un lado, el alivio por haber dejado de ser un prisionero; por el otro, la inquietud de tener ante sí un futuro incierto. La Golden Hind salió del puerto de Huatulco en la noche del 16 de abril de 1579, que aquel año coincidió con el Jueves Santo. Tal vez al ver la nave alejarse en el horizonte Nuno reflexionó sobre aquel hombre extraordinario con el que había compartido sus dos últimos años. Aquel fue un adiós silencioso, en la intimidad de su corazón.»

«En aquel momento Drake se iba a jugar el todo por el todo. Era consciente de la envergadura de su apuesta: si tenía éxito en su intento, se convertiría en el primer inglés de la historia en dar la vuelta al mundo. Tal vez descubriría nuevas tierras y abriría nuevas rutas, lo que sentaría las bases del futuro imperio de Inglaterra. Completar aquel viaje significaba también expandir por el planeta la fe verdadera, es decir, la protestante, anglicana y antirromana. Drake decidió dejar en aquella costa la nave que había confiscado en Nicaragua y que lo había seguido hasta entonces como acompañante. En el momento de la partida, a los miwoks les invadió la tristeza. De hecho, algunos lloraron mientras vieron a la Golden Hind desaparecer en el azul del Pacífico, muriendo como el sol en occidente.»

EL JUICIO CONTRA NUNO DA SILVA

«Una de las instituciones que se implantaron en América para garantizar la conversión de los nativos y vigilar también a los colonos era una de las maquinarias de control más letales que había creado la Europa católica: la Santa Inquisición. En los reinos de Castilla y Aragón, este tribunal pasó a estar bajo la autoridad de la corona en 1478 y se convirtió así en un instrumento del poder real. [...] la llegada de la Inquisición a Nueva España no estuvo exenta de problemas. De hecho, allí no había herejes y luteranos a los que procesar, sino nativos a los que convertir. Por eso en un principio no se estableció en América un tribunal inquisitorial. No obstante, muchos

sabían que su implantación solo era cuestión de tiempo. La situación cambió hacia finales de la década de los sesenta del siglo XVI, cuando ya estaba claro que las guerras europeas pasarían factura también al Nuevo Mundo. **Las primeras exploraciones que llevaron a cabo los reinos protestantes y las incursiones de los piratas hugonotes permitieron comprender que no había un solo rincón en todo el planeta que estuviese a salvo de las doctrinas herejes.»**

«En la época del ataque de Drake, los tentáculos del poder de la Inquisición hispánica se estaban extendiendo hasta los confines más remotos del mundo. Sin embargo, al menos de momento, Nuno da Silva seguía en manos de oficiales laicos, aunque, eso sí, muy pronto los religiosos locales comunicarían su deseo de interrogarlo. Tal vez cuando, el 14 de abril de 1579, aquel timonel fue liberado en el puerto de la pequeña ciudad mexicana, las autoridades españolas no esperaban encontrarse con un portugués. **Pronto descubrieron también que no estaban ante un cristiano cualquiera. Por su aspecto parecía cansado, pero no exhausto; había sufrido, sí, pero no de una forma extrema. Desde sus primeras declaraciones quedó claro que había sobrevivido a un viaje increíble. Sin embargo, también era evidente que entre Da Silva y Francis Drake — el hombre más temido y buscado de América— había surgido una relación profunda y que el portugués no solo poseía información valiosa que podría conducir hasta el Dragón, sino que tal vez también se había visto implicado en otras situaciones comprometedoras.** Como escribió Gaspar de Vargas, Drake llevaba “consigo un piloto portugués muy experto. Parece que es él quien gobierna y dirige la flota. Este portugués habla la lengua inglesa como la suya propia y es el general de todos”. Otras autoridades portuarias confirmaron aquella observación. Simón de Miranda, vicario del obispo en el puerto de Huatulco, escribió al respecto que, en el momento de su llegada, “un tal Nuño da Silva, un portugués que el dicho Francis Drake llevaba consigo, tuvo un trato muy cercano con el dicho inglés [que] le acariciaba y trataba muy bien, y le sentaba consigo a la mesa”. Francisco Gómez Rengifo, factor del puerto de aquella pequeña ciudad mexicana, corroboró aquella versión, afirmando que “se trataban con total amistad”.»

«Empezaba así el cautiverio de Nuno da Silva: un periplo judicial en el que se le interrogaría bajo tortura y se le procesaría. Es posible que, mientras lo conducían a la cárcel a lo largo de las polvorientas callejuelas de Huatulco, el piloto se fuese haciendo una idea del destino que le esperaba en los próximos años.»

«Martín Enríquez descubrió a través del piloto portugués lo fácil que era realizar el viaje de regreso si se tomaba aquel estrecho. En realidad, las tan temidas corrientes marinas variaban con el paso de las estaciones. Nuno da Silva reveló al virrey los secretos del mar y sus fuerzas ocultas. Le explicó que cuando Drake y su flota salieron del canal, las corrientes se movían de sur

a norte, pero en aquella época del año podrían emprender la vuelta por el sur porque la circulación del agua era la opuesta.»

«Al interrogado se le condujo a un amplio salón [...] es probable que el piloto tuviese ya una idea de qué era lo que querían de él, así que empezó a relatar la aventura que había vivido con el pirata luterano Francis Drake. **En aquella ocasión, su testimonio fue más detallado que el que había prestado ante el virrey. En el primer interrogatorio había comparecido aún como súbdito del rey de Portugal, y como tal gozaba de una serie de derechos que lo protegían de la arbitrariedad judicial de las autoridades extranjeras. Con la Inquisición, en cambio, las cosas eran distintas.** Aunque este tribunal — al menos en los dos reinos ibéricos— actuase sobre una base territorial, la universalidad de la lucha contra la herejía confería a sus miembros poderes extraordinarios. Cuando alguien iba a parar a las cárceles del Santo Oficio, jamás sabía cuándo volvería a salir de ellas ni, sobre todo, si volvería a salir. Tal vez por ese motivo Nuno da Silva confiara en que si se mostraba dispuesto a colaborar lo dejarían rápidamente en libertad.»

«El piloto expuso cada acontecimiento de manera minuciosa, deteniéndose en los detalles. Sin embargo, lo que de verdad interesaba a Contreras y a Bonilla era el carcelero de Nuno, azote de los buenos católicos de las Indias Occidentales. Da Silva les informó de que aquel inglés se llamaba Francis Drake y de que tenía unos treinta y ocho años, aunque bien podría tener dos más o menos. Lo describió como un hombre de baja estatura, corpulento, muy robusto, con un hermoso rostro, de tez clara y barba leonada. Tenía dos marcas distintivas: una herida de flecha en la mejilla derecha, difícil de ver si no se miraba con atención, y una herida de arcabuz en una pierna. Pero **a pesar de que Nuno intentaba hablar con un tono neutro, era evidente la admiración que sentía por Drake. Lo definió como un gran marinero, hijo y pariente de grandes marineros, entre los que destacaba John Hawkins.**»

«Cuando el interrogado dejó de hablar, el salón se sumió en un silencio tenso y grave que se sumó a la luz crepuscular del día, ya a punto de morir. La mente de los inquisidores necesitaba algo de tiempo para asimilar la gran cantidad de información revelada. En cualquier caso, para el prisionero cada vez era más evidente que sus esperanzas de una pronta liberación eran infundadas. Para los inquisidores, aquel testimonio era un elemento más que suficiente para mantenerlo preso por tiempo indeterminado, a la espera de celebrar nuevos interrogatorios. De hecho, el acta que redactó el secretario se cierra con una anotación que dice: “El Tribunal de la Inquisición podría procesar en el futuro a este piloto”. Y así sería. Nuno da Silva permaneció varios meses encarcelado en el palacio arzobispal.»

«Este testimonio [el de Pascual] permitió a los inquisidores de Ciudad de México entender el ambiente en el que Da Silva había vivido durante dos años. Ahora tenían claro que había

permanecido en una guarida de aguerridos herejes, pero aún no sabían si las perniciosas doctrinas se habían abierto camino en su conciencia y, de ser así, en qué medida lo habían hecho.»

«Cuando se le preguntó por lo ocurrido durante el periodo que compartió con Francis Drake y Nuno da Silva, Pascual empezó por relatar el abordaje del pirata a la nave de Francisco de Zárate, en la que él mismo viajaba. Aquel día y también en las jornadas siguientes pasó largo tiempo encadenado y no vio a muchas personas, pero sí se cruzó con Nuno da Silva (a aquellas alturas, Pascual, según reconoció, ya sabía que el piloto se encontraba en manos de la Inquisición).»

«La situación de Nuno da Silva — pensó Granero de Ávalos después de aquel interrogatorio— era tan grave como le habían advertido, si no incluso más. Mientras apretaba nerviosamente las cuentas del rosario en la penumbra de la iglesia de Huatulco, su conciencia se inundaba de tétricos pensamientos. Era evidente que el piloto portugués mantenía una relación excelente con el Dragón, quien quizá le había transmitido sus doctrinas impías y puede que incluso algo más. Pero no debía conformarse con eso. Aún no se había esclarecido el misterio de la conexión entre aquellos dos hombres.»

«Miranda le expuso a Granero de Ávalos la violencia de los discursos del hereje. El Dragón — indicó— hablaba realmente mal del sumo pontífice y aseguraba que “el que viviese seis años [más] vería lo que pasaba porque no había de quedar fraile vivo. ¿Cómo se puede tolerar — parece que gritó Drake a sus rehenes encadenados— “que besase el pie al papa un príncipe [o] un monarca”? Aquello “era bellaquería y que san Pedro no lo hacía así”. Miranda comentó también que un tal Nuno da Silva, un piloto portugués que siempre acompañaba al Dragón, mantenía una relación muy íntima con el corsario: “El dicho inglés le acariciaba y trataba muy bien y asentaba [sentaba] consigo a la mesa y ambos hablaban en lengua inglesa” por lo que el testigo nunca entendió qué se decían. Cuando los marineros rezaban, el portugués se unía a ellos y daba la impresión de que cantaba en respuesta a las letanías. Entre los ingleses y el portugués no había diferencia alguna: Da Silva parecía ser uno de ellos, en todos los sentidos.»

«Existía la sospecha — una sospecha firme, además— de que las doctrinas impías hubiesen contaminado su alma, y eso bastaba por sí solo para considerarlo culpable, al menos de forma parcial. Más adelante — pensaba el inquisidor—, durante el proceso propiamente dicho, se averiguaría si, además, entre el Dragón y su timonel había surgido una especie de amistad contra natura. Dios quisiera que aquello no fuera verdad, porque, de serlo, nadie podría, en conciencia, salvar a Da Silva del fuego purificador.»

«Sin embargo, a la luz de lo que habían declarado los demás prisioneros católicos del Dragón, los magistrados no le creyeron: según los testigos, Drake daba libertad a sus rehenes para que no

asistieran a los actos religiosos. Otro aspecto que preocupaba profundamente a los inquisidores era la posibilidad de que Da Silva hubiese sido liberado en México para que actuase allí como espía o como saboteador, pero el portugués siguió insistiendo en que actuó en todo momento bajo la amenaza de muerte. Para los inquisidores, la tenaz negación del imputado constituía el único obstáculo verdadero para su total condena: si un acusado no admitía por completo los hechos, no era posible considerarlo plenamente culpable.»

«Se le prohibió a Nuno que volviera a poner un pie en las Indias (tanto las Occidentales como las Orientales), a las que bajo ningún concepto podría regresar. Para un lector contemporáneo puede ser difícil entender qué suponía para este piloto no poder volver a ver las tierras lejanas con las que había soñado desde niño, mientras escuchaba los relatos de su tío, también timonel de naves, y de los mercaderes y viajeros que frecuentaban su casa y su familia, es decir, aquellas tierras que después tuvo ocasión de conocer: los mil tonos de azul y verde del océano; el viento cargado de sal que, en ciertas latitudes, te vapulea sin piedad; los colores, los perfumes y los estimulantes sabores de Brasil y de África; el sentimiento de hermandad que nace en la dispersa comunidad de los hombres de mar... A partir de entonces, todo aquello no sería para él más que un recuerdo. A esto se sumaba la vergüenza que significaba una condena que lo marcaría de por vida y que, a su juicio, no se merecía.»

«Dada la fama del personaje y la gravedad de los acontecimientos en los que estuvo implicado, es posible que el acto de su abjuración se anunciara públicamente a los habitantes de Ciudad de México y de los pueblos de alrededor. De hecho, este rito representaba un momento de catarsis colectiva, una ocasión perfecta para alejar el miedo al diabólico pirata inglés que había prometido llevar la guerra hasta aquel rincón del mundo.»

«Después de los años pasados en la cárcel, después de las humillaciones y las torturas y después de la vergonzosa condena, en aquel terrible anno Domini de 1582 pareció abrirse un resquicio de luz en la vida de Nuno da Silva. De hecho, tras la abjuración, como no podía permanecer en las Indias Occidentales, se le embarcó en una nave rumbo a Sevilla. Por lo que se le dijo entonces, aquel sería su último viaje oceánico.»

«Sea como fuere, su historia no acabó en los agitados muelles del puerto sevillano: el eco de aquellos dramáticos hechos había llegado hasta Madrid y había llamado la atención del rey, Felipe II. Movido por la curiosidad, el soberano dio la orden a los responsables de la Casa de la Contratación de que enviasen a Da Silva a Madrid porque “deseaba particularmente saber qué tipo de navegación había realizado y descubrir todo lo que había ocurrido”.»

«Por enésima vez, Nuno recordó los eventos que protagonizó entre 1578 y 1579, desde su secuestro en el archipiélago de Cabo Verde hasta su liberación en Huatulco. Contó cómo guio a ciegas a las naves inglesas a través de la densa niebla de la Patagonia y cómo atravesaron el estrecho de Magallanes. [...] Da Silva narró los ataques contra los puertos españoles, los abordajes y las sangrientas batallas, hasta su encarcelamiento y su juicio en Ciudad de México. [...] **Explicó a sus interrogadores que la participación en las liturgias impías por la que se le había sentenciado había sido la única respuesta posible ante las constantes amenazas de muerte a las que estuvo sometido. Drake — aseguró— era un hombre imprevisible, capaz de formidables arranques de generosidad, pero también de crueldades innombrables. Insistió en que su relación con él era de respeto mutuo, pero no de amistad.** [...] Da Silva, tal vez frustrado, tal vez desanimado, añadió que había mantenido su versión de los hechos ante el virrey y ante el inquisidor de Nueva España, y también ante el presidente de la Casa de la Contratación, pero ninguna de las personas que lo habían escuchado parecía entender que siempre decía lo mismo porque se hallaba bajo juramento (“y no se le ha mostrado que toda se entienda ser una misma cosa y verdad por el juramento que tiene hecho”). A la luz de aquella confesión y después de haber examinado todos los informes, relaciones y actas redactados en aquellos años, el Consejo de Indias concluyó que “el corsario Francisco Draqs le llevó por la fuerza» y que, en consecuencia, no era culpable. [...] Nuno da Silva se había sumado de manera espontánea a los rituales herejes celebrados a bordo de la nave de Drake, pero a menudo aquellas declaraciones diferían, ya que en ocasiones se describía al pirata como una persona clemente, mientras que otras veces se lo presentaba como un demonio ávido de sangre. De ello cabía deducir que el carácter de aquel hombre era realmente imprevisible y que el piloto portugués, incapaz de saber qué iba a ser de él, prefirió complacer a su carcelero para salvar su vida.»

«La respuesta de Felipe II se encuentra en una nota escrita en el margen de aquella consulta. El rey autorizó que se confiscaran a Da Silva el diario y todos los documentos sobre navegación y ordenó al timonel que elaborara otra memoria acerca de lo ocurrido durante el viaje. Sin embargo, aquel nuevo documento se quedaría en Madrid y el portugués no podría conservar ninguna copia de él. Sea como fuere, al final Felipe reconoció la inocencia de Nuno y los problemas que había tenido que sufrir en aquellos años, por lo que dispuso que, en lugar de mantenerlo preso, se lo liberara y se le prestara asistencia.»

«Nuno da Silva aceptó la oferta, pero con una única condición: quería regresar a Oporto para ver a su mujer y a sus hijos [...]. El Consejo sugirió a Felipe II “que se le podría dar licencia por dos meses para el dicho efecto”, siempre y cuando el timonel se comprometiese a volver a Sevilla inmediatamente después de su estancia en Oporto. Y así fue. [...] Cinco días después, el receptor (esto es, el tesorero real), Antonio de Cartagena, recibió la orden de entregar cien reales a Nuno

da Silva para su viaje a Oporto y a Sevilla. Todo estaba listo para que el timonel iniciase su tan esperado regreso a casa. Sin embargo, a partir de ese instante Da Silva desaparece para siempre de los documentos de la Casa de la Contratación.»

«En cualquier caso, volviendo ya a nuestro piloto, es probable que realmente realizara su ansiadísima visita a la familia. De hecho, tenemos algunas huellas de la presencia de Da Silva en Oporto. [...] Lo único que sabemos es que, en cualquier caso, este silencio documental no se debe a una muerte precoz. No en vano, en el decenio posterior a su regreso a Europa la fama de Nuno da Silva y de su aventura llegó más allá de los confines españoles.»

«Sin embargo, existe otra hipótesis sobre el destino de nuestro hombre. De acuerdo con la crónica del escritor portugués Lopez Vaz, el piloto podía seguir vivo en el año 1587. En su obra *A discourse of the West Indies and the South Sea*, Vaz propone la idea de que, tras la audiencia en Madrid, Da Silva pudo establecerse en Plymouth junto con Francis Drake. No hay que descartar esta posibilidad. Como observa Nuttall, Drake tenía motivos de sobra para sentir gratitud hacia el piloto: el vino de su nave había alegrado las largas noches de los oficiales ingleses en sus travesías oceánicas, y la comida había saciado el hambre de muchos de los marineros de la tripulación. Además, sus conocimientos marítimos los salvaron del naufragio en más de una ocasión y los guiaron hasta el otro lado del estrecho de Magallanes. También la situación política de Portugal en 1583 proporciona argumentos a favor.»

«Como demuestran las fuentes, en el fondo, y a pesar del perdón del rey, Nuno da Silva seguía estando estrechamente vigilado. Es cierto que el Consejo de Indias había aprobado la solicitud real de incorporarlo como piloto a la Armada española y de concederle además una autorización para comerciar, pero no estaba dispuesto a perderlo en ningún momento de vista. Si quería moverse con total libertad, Nuno da Silva tendría que buscar refugio en otro lugar, tal vez entre los corsarios hugonotes de Francia o precisamente bajo el amparo de su antiguo carcelero. Una vez más, es Zelia Nuttall quien sostiene esta propuesta. Como escribe la historiadora, un documento que se conserva en el Archivo de Indias, en Sevilla, revela que “el piloto principal de una expedición de corsarios” que llegó a las costas de Brasil en 1593 era un “timonel portugués de sesenta y cinco años”, cuyo nombre no se indica, aunque sí se especifica que se había establecido en Plymouth. El segundo timonel era “Martin Jaco, que había entrado en el mar del Sur junto con el capitán Francis Drake y era un gran marinero de sesenta años”.»

«Hay otro detalle más: aunque en todos los documentos portugueses y españoles el nombre de este piloto aparece siempre como “Nuno da Silva” o, hispanizado, como “Nuño de Silva”, en los ingleses figura a menudo como “Sylvester”, que es el nombre con el que se refirió a él John Drake,

primo de Francis, en su declaración de 1587. El uso de una forma anglicanizada parece revelar una relación de cercanía, de verdadera amistad entre Nuno y la tripulación de Francis Drake. Si esta hipótesis fuese cierta, entonces se confirmarían todos los temores de las autoridades españolas — tanto religiosas como laicas y tanto en México como en Sevilla y Madrid—: Nuno da Silva se habría convertido a la religión protestante y habría servido realmente a Francis Drake como espía en tierras hispánicas. Sin embargo, esta cuestión (salvo que se realicen nuevos hallazgos) seguirá siendo un misterio y continuará dando pie a que Nuno da Silva pase del terreno de la historia al de la leyenda.»

EL HOMBRE QUE ABRAZÓ AL MUNDO

«Volvamos ahora a seguir las huellas de Francis Drake y de la Golden Hind, a los que habíamos dejado cuando estaban a punto de aventurarse en el extenso azul del océano Pacífico. Como hemos visto, los inquisidores españoles no eran los únicos que querían ponerle la mano encima al corsario inglés: después del ataque de Huatulco, también la monarquía y las instituciones coloniales empezaron a devanarse los sesos para averiguar qué ruta había tomado el Dragón en su camino de regreso a Inglaterra. [...] Como escribió De Mendoza, aquellos anuncios generaron una atmósfera de euforia en la capital inglesa, sobre todo en la corte, dado que varias de las personas que habían financiado el viaje eran consejeros de la reina. Sin embargo, no todos se sentían felices en la Vieja Albión. De hecho, buena parte del negocio de los armadores ingleses dependía precisamente de España: [...] En aquel momento eran muchos los productos ingleses que se vendían en los puertos españoles y también eran muchos los marineros que se ganaban la vida con aquel comercio.»

«Recorrer los 15.000 kilómetros de anchura de aquel mar no era entonces (ni lo es aún hoy) una tarea fácil, sobre todo si tenemos en cuenta que, como ya hemos visto a lo largo de este viaje, aventurarse en aguas desconocidas era sumamente peligroso para quien no dominaba las corrientes, los fondos marinos, el perfil de la costa o la geografía de un área determinada del mar o de una particular ruta, y ni Drake ni sus marineros habían llegado nunca antes tan lejos. El corsario era el primer inglés en intentar aquel salto hacia lo desconocido. **La travesía duró sesenta y ocho días, en los que no avistaron tierra en ningún momento: dos largos meses recorriendo la metálica línea de contraste entre el cielo y el agua del mar. A pesar de todo, la navegación, aunque extenuante, no tuvo resultados trágicos.**»

«En este punto comienza una de las fases más misteriosas de todo el viaje. A partir de 1580, los acontecimientos aparecen en las fuentes de forma incompleta, apresurada, a veces incluso contradictoria. Cabe sospechar que esta caótica escasez de noticias no sea una mala jugada del

destino a los historiadores, sino una estrategia que permitió a Francis Drake ocultar algo, un misterio que quería esconder a sus coetáneos y a la posteridad. Lo que sí sabemos con seguridad es que el 9 de enero el corsario retomó su peregrinar por el sureste asiático. [...] Desde allí consiguieron retomar el camino a casa, en la dirección opuesta. Sin embargo, de acuerdo con las narraciones, el avance fue lento y difícil y la Golden Hind se vio obligada a realizar varias escalas.»

«A partir de este punto, las fuentes que recogen el viaje se van haciendo cada vez más lacónicas, casi apresuradas. Los ingleses navegaron prácticamente sin tocar tierra durante unos dos meses, siempre en dirección oeste, hasta alcanzar las costas del sureste de África, que avistaron el 21 de mayo de 1580, a ochocientos kilómetros del cabo de Buena Esperanza. Tardaron veinticinco días en doblarlo y, finalmente, llegaron a las aguas del océano Atlántico.»

«El 6 de agosto de 1579, mientras la Golden Hind navegaba en medio del océano Pacífico, llegó a Madrid un despacho urgente dirigido al rey de España, Felipe II. Se trataba de un mensaje del presidente del Consejo de Indias, De Padilla: Lo que aquel Francisco Draque, inglés, ha hecho, en el oro y plata de Tierra Firme, es cosa de grandísima lástima y muy digna de gran consideración [...]; el verdadero remedio de este daño sería, si fuese posible, asir a este antes que llegase a Inglaterra, porque no parece que él puede volver a ella tan presto, ni es de creer irá a otra parte; y si llega a Inglaterra, aunque la Reina sea como es, corriendo ahora los negocios entre vuestra Majestad y ella como corren, no sé cómo pueda, constándola de lo que se ha hecho, dejar de mandar restituir lo que este Francisco Draque ha robado.

«Parece cierto, por tanto, que antes de partir Drake estableció contactos con los portugueses y que en Madrid eran perfectamente conscientes de ello. Resulta difícil determinar si Portugal brindó ayuda al corsario en su guerra personal contra el imperio español, ofreciéndole servicios de inteligencia e información sobre las rutas náuticas. Desde luego, las intenciones de Felipe II con respecto a la corona lusitana eran de sobra conocidas en Lisboa, así que podía ser útil contar con la colaboración de aquel inesperado aliado. Si esto se confirmara, el papel de Nuno da Silva en toda esta aventura adquiriría un nuevo significado. Es posible que su secuestro no fuese más que una sofisticada puesta en escena para justificar la transmisión de información entre los dos reinos vinculados por una larga amistad. [...] También cabe pensar que esos agentes portugueses, evanescentes y misteriosos, que Drake se fue encontrando a lo largo de su camino no fueran espías, sino informantes. Incluso es posible que Nuno da Silva, una vez concluido su periplo judicial, viajase realmente hasta Inglaterra y se reencontrase con el viejo amigo con el que había vivido tantas aventuras en los mares del Sur. Pero nadie ha podido confirmar si las cosas sucedieron así. »

«Para terminar, vamos a permitirnos una última hipótesis. [...] Drake y sus hombres habrían mentido sobre la duración real de su navegación a lo largo de muchos, muchísimos meses en mar abierto entre el océano Índico y el Atlántico. Es posible que la escala en Francia no durase días,

sino meses, y que se quedasen en la fortaleza hugonote de La Rochelle bajo la protección de los calvinistas locales, amigos del corsario Guillaume Le Testu — con el que Drake había combatido en el Caribe—, a la espera de que la reina les diese permiso para regresar.»

«**Drake era el primer inglés que había dado la vuelta al mundo, desafiando al poderoso imperio español allí donde se creía más invulnerable. En aquella época tormentosa, sin embargo, ni siquiera eso era suficiente para transformar a un hombre en héroe a los ojos de su país.** Drake envió entonces un mensajero a la reina — que se encontraba en Londres, a unas sesenta leguas de distancia— para informarle de su llegada. Escribió también a otras personalidades de la corte, que le avisaron de que había caído en desgracia ante Su Majestad, dado que habían llegado a sus oídos los crímenes cometidos durante el viaje. Los informantes le dijeron a Drake que el embajador español estaba reclamando insistentemente lo que había robado a los galeones hispánicos en el Pacífico y en el Atlántico. Además, muchos ricos cortesanos, hombres de peso que habían invertido ingentes sumas en su empresa, se lamentaban de la arbitraria ejecución de Thomas Doughty y querían que se castigase al corsario ahorcándolo o encerrándolo de por vida en la Torre de Londres. Ante un ambiente tan hostil, Drake optó por marcharse del puerto de Plymouth y — según cuenta su primo— refugiarse en alguna isla no identificada, tal vez de alguna zona de Francia, entre sus amigos hugonotes. Lo cierto es que en aquel momento la reina Isabel tenía tareas más urgentes que castigar al hombre que tantos servicios había prestado a la corona y que, además, era el único que había conseguido perjudicar seriamente a su gran enemigo, Felipe II.»

«Drake esperó a que la reina lo convocase oficialmente antes de obsequiarla con algunos de los objetos que había conseguido en su travesía. Quería estar seguro de que no tenía nada que temer. Cuando recibió el mensaje de la soberana, acudió a Londres por vía terrestre, llevando consigo varios caballos cargados de oro y plata. Dejó todo lo demás en Plymouth, bajo la vigilancia de uno de los hombres más importantes de aquel lugar. Una vez en palacio, la reina ordenó que se repartiesen cuarenta mil pesos entre los 59 supervivientes del viaje y que se transportara todo lo demás a la corte. Acto seguido, Isabel dispuso que se trasladara la Golden Hind a la capital, porque quería verla con sus propios ojos. Cuando la nave llegó a los muelles del Támesis, los metales preciosos y las especias que se habían guardado durante tantos meses en su vientre se descargaron y se llevaron a la Torre de Londres. [...] **A partir de ese momento, Drake pasó mucho tiempo en compañía de Isabel. Las fuentes bien informadas dicen que cierto día el corsario llegó incluso a hablar con la reina en nueve ocasiones, y se empezó a pensar que “nadie había gozado nunca de tal honor”.** El año siguiente dio la impresión en varias ocasiones de que la monarca tenía la intención de devolver el tesoro al rey de España, y también se llegó a

creer que acabaría entregando al capitán al monarca. Se dijeron también muchas otras cosas, pero nada de lo vaticinado se cumplió nunca.»

EPÍLOGO

«A pesar de la discreción que exigía la política exterior y del disimulo con el que Isabel I tuvo que actuar ante los detractores de Drake, lo cierto es que esta reina recompensó con creces los esfuerzos que había realizado el corsario a su servicio. Diez mil libras esterlinas eran una cantidad enorme para la época, suficiente para convertir al Dragón en uno de los hombres más ricos de Devon.»

«Al año siguiente, concretamente el 4 de abril de 1581, Isabel nombró caballero a Francis Drake. La ceremonia se celebró a bordo de la Golden Hind, atracada en la margen sur del Támesis, en la localidad de Deptford, un lugar que hoy se ha convertido ya en un barrio de Londres. Con el nombramiento de sir, Drake adquiría el derecho a utilizar y transmitir a sus descendientes un lema que rezaba “Sic parvis magna”: de las pequeñas cosas nacen las grandes. Desde luego, estos logros no estaban nada mal para el hijo de un oscuro predicador aficionado a las broncas y que había llevado una vida de prófugo, casi de forajido.»

«Drake no se dejó domesticar por la vida política. Por sus venas corría la sangre de Ulises. La pasión por el mar, por la violencia y por la aventura jamás lo abandonaría. Nuevos viajes y desafíos empezaban a dibujarse en el horizonte. A lo largo de los tormentosos años ochenta del siglo XVI emprendió nuevas incursiones en las colonias españolas de América, al tiempo que la Armada Invencible de Felipe II se preparaba para invadir Inglaterra y vengarse de las muchas — demasiadas— afrentas sufridas. Pero, como suele decirse, esa ya es otra historia...»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

